

Heidi Hatch

Un fenómeno del violín



■ POR DIEGO MANUEL GARCÍA

La jovencísima violinista Heidi Hatch (Los Angeles 1993) comenzó sus estudios musicales con su padre, el violista norteamericano Peter Hatch, antes de cumplir los cuatro años. A una edad tan temprana su talento ya se hizo patente y ha seguido impresionando a quienes la han escuchado. Su actual maestro y mentór, el legendario

violinista ruso Abram Shtern, dice de ella: "tiene un enorme talento que sólo puede ser descrito como un don verdaderamente divino... un talento violinístico que solo aparece una vez en cada generación".

Heidi Hatch, con sólo doce años, ya se ha graduado en el Lark Conservatory de Glendale, California, algo normalmente reser-

vado a estudiantes de más de dieciocho años. Heidi hizo su debut como solista interpretando la *Fantasia de "Carmen"* de Pablo Sarasate junto a la Orquesta Sinfónica Glendale a la edad de once años, y desde entonces ha tocado con otras orquestas locales la *Polonesa en La mayor* de Wieniawski y el *Concierto para violín* de Max Bruch. Ofreció su primer



«Mutter es uno de mis modelos, por su extraordinaria técnica y personalidad»

recital completo con diez años, y recientemente ha sido invitada a dar un recital en Salt Lake City.

Como violinista ha recibido numerosos galardones y premios, entre los que se cuentan el Antelope Valley Symphony's Young Artist Competition, City of Glendale's Talent Search Content por dos veces, y el Los Angeles City Elementary Schools Music Association (LACESMA) Scholarship Award, que ganó cuando solo tenía seis años.

Destacada estudiante en la escuela, ha recibido el premio Ace Honor Student L for Academic Excellence en tres ocasiones. Tiene la doble nacionalidad norteamericana y española en virtud de su madre la pianista albaceteña, Francisca Calixto. Heidi vive en Los Angeles, y

viaja con frecuencia a España, para visitar a su extensa familia.

Tuvimos ocasión de escucharla el pasado 21 de octubre en el Teatro Circo de Albacete, en el transcurso de un concierto patrocinado por la FUNDACIÓN CAJAMURCIA a beneficio de la AECC (Asociación Española de Lucha Contra el Cáncer). En el transcurso de ese concierto interpretó junto a la Orquesta Sinfónica de la Región de Murcia, dirigida por su titular José Miguel Rodilla, el *Concierto para violín* de Jules Conus y la *Polonesa n.º 2 en La mayor, Op. 21* de Henri Wieniawski. En ambas obras, plagadas de auténticas dificultades, la jovencísima violinista hispanonorteamericana nos sorprendió con su extraordinaria técnica, unida a una musi-

calidad fuera de lo común, y a un gran volumen de sonido que ya quisieran tener reputados violinistas actuales. Dominadora de toda la gama dinámica, desde unas notas en 'forte' perfectamente emitidas hasta unos 'pianissimi', consigue que el volumen vaya disminuyendo hasta convertirse en un soplo imperceptible; todo ello sin perder un ápice de afinación. Hay que resaltar su magnífico fraseo, con perfectos saltos de octava. En las partes más virtuosísticas, muestra su gran preparación técnica y la fantasía que otorga a sus interpretaciones. Especialmente reseñables en este concierto albaceteño fueron las preciosas inflexiones de la Polonesa de Wieniawski, ejecutadas por Heidi con una increíble musicalidad. Cabe también señalar en general su extrovertida interpretación, consiguiendo una total comunicación con el público asistente que la aplaudió con fuerza y gran convicción, después de cada una de sus interpretaciones, durante largos minutos.

Si Heidi Hatch se muestra en el escenario como una gran artista, ya fuera de él aparece como lo que realmente es: una niña, que practica los típicos juegos

«Conforme vaya madurando espero conocer y trabajar el repertorio del siglo XX»

con amiguitos de su edad. Al día siguiente del concierto de Albacete, orquesta y solista repitieron programa en Campeño (Alicante) con idéntico triunfo para

la violinista. Unos días después nos concedió una entrevista, en el Auditorio de Murcia. Obviamente Heidi estuvo en todo momento acompañada por sus

padres, contestó en algunas ocasiones directamente a las preguntas que le hicimos, siempre con una lógica timidez, que su madre achacaba a su falta de costumbre de expresarse en español. Por tanto, hay que hacer hincapié que en el transcurso de la entrevista diferentes respuestas fueron expresadas por su padre que con un aceptable español nos transmitió, por momentos, unas agudas reflexiones sobre el mundo del violín y de la música en general.



Heidi junto a su padre, el violinista Peter Hatch.

Todo gran instrumentista precisa un instrumento a la altura de su arte. ¿Qué instrumento es el que tú utilizas?

Se trata de un Cerrutti. Este constructor de violines cremonense no fue tan famoso como su paisano Stradivarius, sin embargo sus violines son de extraordinaria calidad, con una perfecta sonoridad. Mi Cerrutti me gusta mucho y me va muy bien.

Háblame de tu profesora Abram Schtern.

Es una mujer encantadora y llena de vitalidad: ten en cuenta que ya tiene

ochenta y siete años. Es mi profesora y también mi mentora y, aparte de mi padre, mi principal consejera. Ella fue violín concertino en la Orquesta Sinfónica estatal de Ucrania. A la caída del régimen comunista marchó a EEUU donde ejerce labores docentes.

¿Cuántas horas al día le dedicas al violín?

Doy cuatro horas de clase y una quinta hora con mi padre. Aparte, le dedico el tiempo pertinente a mis estudios normales. Me gusta mucho la literatura. He leído hasta doce veces los libros de Harry Potter. También me gusta mucho

el deporte, en especial la navegación a vela en un barco que tenemos de doce metros de eslora. Tengo una hermana pequeña, Alexis, excelente violinista y una niña muy lista; con ella también juego muy a menudo. A las dos nos gusta cuidar a nuestro gato blanco "Corelli".

¿Qué te parecen los concursos de violín?

Mi profesor dice que tengo que trabajar mucho y que cuando tenga dieciséis años debo ir a Rusia, para participar en el Concurso Tchaikovski, e intentar ganarlo. Los concursos suelen ser posi-

tivos para potenciar la carrera de un instrumentista, cantante o músico en general. No obstante, he de decirte que muchos artistas que han participado en concursos luego no han hecho carrera y, por el contrario, otros instrumentistas que no consiguieron buenos resultados en diferentes concursos sí que han hecho una importante carrera. Nunca se sabe lo que es mejor. Hay otro muy prestigioso concurso, el Reina Elisabeth en Bélgica, en el cual me gustaría participar. Por supuesto, también me gustaría concursar en España.

¿Para ti qué es más importante: la técnica o la expresividad?

Ambas son igual de importantes, ya que de nada le vale a un violinista dar con suma perfección todas las notas, si es frío e inexpressivo y no tiene capacidad para comunicarse con el público.

¿Cuáles son tus compositores favoritos?

En general, me gustan los compositores románticos y post-románticos; espero, conforme vaya madurando como instrumentista y como interprete, ir conociendo y trabajando en el fantástico repertorio del siglo XX.

Curiosamente, esas manifestaciones tuyas también las hacía otra excepcional violinista, que también comenzó su carrera tan joven como tú, de nombre Anne-Sophie Mutter, cuyo interés por el repertorio del siglo XX se manifestó cuando ya tenía más de veinte años, y era ya una muy famosa violinista.

Mutter es uno de mis modelos, por su extraordinaria técnica, su gran personalidad y la capacidad de comunicación que tiene con el público.

¿Qué obra estás preparando en la actualidad?

Estoy preparando el *Concierto para violín y orquesta* de Camille Saint-Saëns, que interpretaré en la temporada 2006-2007.

Parece que EEUU es la Meca donde quieren estudiar los instrumentistas de todo el Mundo.

Mi padre, sin embargo, considera a Europa como el lugar ideal de formación de un instrumentista, ya que la cultura, en general, se potencia más en Europa que en EEUU; donde, por ejemplo, se da más importancia a un depor-

tista de elite que a cualquier instrumentista o cantante, por muy bueno que sea.

¿Eres feliz con la profesión que has elegido?

Sumamente feliz, ya que me lo paso muy bien como instrumentista, leyendo libros, jugando con mi hermana o navegando en nuestro barco.

(Hablando de grandes violinistas, puede resultar interesante para el lector conocer el comentario realizado durante la entrevista por Peter Hatch, padre de Heidi, acerca de la relación de su maestro, el gran violinista húngaro Tibor Varga, con una auténtica leyenda del violín en el Siglo XX: Jascha Heifetz)

El profesor más importante que he tenido fue Tibor Varga, extraordinario violinista húngaro nacido en Budapest en 1919 y fallecido en EEUU hace dos años. Acerca de Varga y su relación con Jascha Heifetz, se cuenta que en un viaje realizado por el legendario violinista ruso-norteamericano a Europa, con ocasión de su asistencia a un festival musical, coincidió con Tibor Varga en el mismo hotel, donde ambos estaban en habitaciones contiguas, y podían escucharse mutuamente en el transcurso de los ensayos que realizaban. Cuando Heifetz regresaba a EEUU realizando

Se decía que que Jascha Heifetz, aún siendo judío, no ejercía por el mundo como judío.

Efectivamente él, de alguna manera, marcaba distancias, con respecto al poderoso 'lobby' judío, demostrando tener una gran personalidad. Sin embargo, al escuchar sus grandes grabaciones discográficas, es indudable que su forma de tocar estaba íntimamente relacionada con sus raíces judías. Conocí a Jascha Heifetz en 1982, cinco años antes de su muerte, cuando hacía ya bastantes años que había dejado de tocar en público; de hecho, su último concierto lo realizó en 1970. Precisamente, ese mismo año compuso e interpretó un maravilloso solo de violín, por encargo del director de cine Billy Wilder, para su película *La vida privada de Sherlock Holmes*.

¿Y que me dice de David Oistrach?

Fue el otro grande -también se puede incluir a Menuhin- violinista del siglo XX. Su técnica prodigiosa, la capacidad que tenía de comunicación con el público que le escuchaba y, sobre todo, la bondad intrínseca que emanaba su rostro, le convirtieron es una de los más grandes artistas de su tiempo. Nacido en 1908, era algo más joven que Heifetz (1901), sin embargo, murió relativamente joven, en 1976; su gran rival le sobreviviría once años. Oistrach tuvo también la

«De nada le vale a un violinista dar con suma perfección todas las notas, si es frío e inexpressivo»

una travesía en barco -era el final de los años treinta del pasado siglo, cuando aún no se habían establecido los viajes en avión- los periodistas preguntaban a Heifetz: ¿Ha escuchado en Europa a otros violinistas?. Heifetz, que era muy orgulloso, les dijo con arrogancia: solo he oído a un violinista en Europa, cuyo nombre es Tibor Varga. De esta forma Heifetz quería reafirmar que él era el más grande violinista de su tiempo -siempre con permiso de David Oistrach- y que, a la hora de analizar a los violinistas europeos, solamente había escuchado a uno interesante llamado Tibor Varga, y de esta manera marcaba distancia entre él y el resto de los violinistas de su tiempo

desgracia de desarrollar parte de su carrera en la época estalinista, mientras que en el caso de Heifetz, su marcha de Rusia a los EEUU le facilitó enormemente su carrera. Recuerdo haber asistido a un concierto de David Oistrach en Nueva York, con un programa totalmente dedicado al violín, con nada menos que tres conciertos: los de Sibelius, Mendelssohn y Tchaikovski. Aquella fue una velada gloriosa, posiblemente uno de los más grandes eventos musicales del siglo XX, con un David Oistrach, aclamado por un público materialmente embelesado por su arte. Su temprana muerte con solo sesenta y ocho años fue una auténtica tragedia para todos los amantes de la música. ■